

Mis árboles favoritos

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

Cuando me abrió me molestó que se viera tan tranquilo. «Una buena noticia será», quise pensar aunque sé que, contrario a las malas, las buenas noticias siempre pueden esperar. Tenía mucho tiempo de no invitarme a su casa, ni yo a él. Me ofreció un café, pero tenía la esperanza de que fuera algo rápido para poderme regresar a dormir y lo rechacé. Su casa estaba innecesariamente oscura, las lámparas estaban situadas en los lugares más estúpidos, detrás de cortinas y bajo mesas. Había cosas tiradas por todos lados. «No te preocupes, no es nada de valor —me dijo desde la penumbra con lo que pudo haber sido una sonrisa después de que aplasté no sé qué cosa—, nada tiene valor». Nos sentamos en la sala, estaba húmeda. Sus cejas le obscurecían los ojos y su nariz parecía flotar frente a su cara, se alargaba como la trompa de algún extraño mamífero selvático que se la vive enterrando la cara en la tierra. A pesar de que había una mesita entre nosotros, su asqueroso aliento a leche agria llegaba hasta mi nariz. Me hundí lo más que pude en el sillón y traté en vano de no respirar.

—Bueno, me salí de la cama con esta lluvia, ¿qué pasó? ¿Todo bien? —le dije impaciente a mi mejor amigo que me trataba como si solo hubiera pasado a visitarlo casualmente y no porque me había llamado emocionado a la mitad de la noche diciéndome que fuera a su casa de inmediato, que no me podía explicar por el teléfono.

Parecía que pensaba en otra cosa o que no pensaba en nada. Se rascaba el oído nerviosamente, casi brutalmente, como si tuviera una hormiga escarbándole el cerebro. No decía nada y le iba a volver a preguntar, pero me quedé en silencio tratando de recordar su nombre.

—¿Has hablado con Ana? —por fin me preguntó.

Eso sí no lo esperaba, escuchar el nombre de mi exnovia.

—No, no he hablado con ella desde que cortamos, ¿por qué? —le dije sintiendo como me empezaba a doler el estómago y se me enfriaban las costillas.

Nada de lo que fuera a decir podría gustarme.

—Vino a buscarte.

—¿Aquí? ¿Por qué aquí? Si sabe donde vivo... donde vivíamos.

Parecía esforzarse para no sonreír, los ojos se le hacían chiquitos y los ángulos de los labios le temblaban, como si todo fuera una broma. Pero no estaba seguro, estaba muy oscuro, tal vez se estaba aguantando las

ganas de llorar. Nunca lo había visto llorar ni él a mí. Estaba a punto de decirle que prendiera otra luz cuando dijo:

—Se veía muy preocupada, estaba pálida y temblando cuando llegó. Estaba muy mal... ¿Qué hiciste?

—¿Qué hice? Tiene meses que no hablo con ella —le contesté ofendido.

—Estaba convencida de que te habías suicidado.

—¿Suicidado? ¿Por qué pensaría eso?

—Estaba muy alterada, casi no se le entendía nada. Cuando por fin se calmó me dijo que estás hecho mierda, que estás deprimido, melancólico, enojado, humillado, frustrado, afligido, decaído, desgraciado, atormentado, mortificado y que ya no le ves el caso a seguir viviendo. Que odias la vida y a ti mismo, que te da vergüenza ser quien eres, que te sientes fracasado, inferior, un impostor, un pecador, un perdedor.

Seguro de que con sus rimas se burlaba de mí, me levanté y protesté:

—¡Yo no me siento así! Estoy mejor que nunca, mucho mejor que cuando estaba con ella. Quién se cree para venir así y decirte como me siento yo. Eres mi mejor amigo, si fuera verdad lo sabrías. —Aunque la verdad es que no lo sabría.

—Eso fue lo que me dijo. Estaba muy mal, dijo que fue a buscarte a todos tus árboles favoritos a ver si no te habías colgado de alguno de ellos.

Me volví a sentar y hundí mi cara en mis manos, sentí la brisa meciéndome bajo el árbol, la cuerda chillando, los pájaros cagándose sobre mí.

—¿Y dónde está ahora?

—Aquí —dijo haciendo un vago gesto en una vaga dirección.

—¿Dónde? ¡Ana!

Mi mejor amigo ya no reprimía su sonrisa y, mientras asentía casi imperceptiblemente con la cabeza, me miraba con ojos lustrosos como un padre orgulloso. «¿Dónde está?», le preguntaba a gritos mientras abría y azotaba puertas por la laberíntica casa cada vez más desconcertado por su silencio y su siniestra sonrisa, pero él solo se acariciaba los dedos unos con los otros y apretaba los dientes como si quisiera rompérselos.

Cuando volví a pasar por la sala sin haber encontrado a Ana por ningún lado seguía ahí sentado, no se había movido un centímetro y aún conservaba ese mismo gesto que antes me había parecido que denotaba afecto y orgullo, pero que, visto desde otro ángulo, ensombrecido por otras cosas, ahora me parecía expresar piedad u odio, miedo quizás; esa sórdida sonrisa envolvía en sí todo posible sentimiento.

Detrás de la puerta que dejé al último para revisar, la de su cuarto, encontré a Ana desnuda boca abajo sobre la cama. Volteé hacia mi amigo que ya se había levantado y caminaba con pasos cortos y líquidos por el pasillo hacia mí.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es esto? —le grité tratando de no agarrar la lámpara y romperle los dientes.

—No sé, está muy mal, creo que hay que llevarla al psiquiatra —susurró.

—¿Qué le hiciste? —le pregunté mientras me acercaba a verla de cerca.

La escuchaba respirar pero su espalda no se movía.

—¿Yo? Nada. Llegó, se metió a mi cuarto, se desnudó y se echó en mi cama.

Su pelo estaba desparramado sobre la almohada, parecía hecho de patas de araña que en cualquier momento despertarían y se la llevarían cargando hasta un lugar oscuro y húmedo. Sus nalgas parecían dos huevos pálidos y la boca la tenía abierta. Detrás de sus párpados sus ojos se movían nerviosos como si en su sueño buscara la salida a un laberinto. La llamé por su nombre varias veces, pero no reaccionaba. «Mi amor», le susurré al oído y tembló como si le hubiera dado un escalofrío.

—Estamos preocupados por ti —me dijo mi mejor amigo que se había arrodillado del otro lado de la cama y la había tomado de la mano con una ternura que me dejó helado—, no queremos que te mates.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene? ¿Qué le hiciste, ...? —le grité sin aún poder recordar su nombre.

—Está enferma de preocupación. Tu trabajo va de mal en peor. Nunca debiste ser escritor, la literatura te está destruyendo —me dijo con la voz de un doctor que te dice que te vas a morir antes de lo esperado.

—Pero si yo no soy escritor.

—Eso me queda claro.

—Si soy asistente de notario.

—¿Asistente de notario?

—Claro, de la notaría 33.

—¿No eres Federico Mendoza? ¿El escritor?

—No, soy Pablo de Vos, asistente de notario.

—Ah, disculpa. Creo que marqué mal el número.

—Pero sí tú y yo somos amigos.

—¿Nos conocemos?

—¡Sí! Eres...

—Disculpa, todo fue un malentendido.

—Y ella es...

Ana emitió un largo gemido que parecía tratar de abrirse paso por un derrumbe dentro de una caverna inundada. Su pie izquierdo comenzó a convulsionarse y, de repente, como si la sangre se le hubiera evaporado y los huesos se le hubieran licuado, se hundió en sí misma. Me acerqué a su cara contraída, olía a sal húmeda y ya no respiraba. Apreté mi oreja contra su espalda y contuve la respiración para tratar de escuchar su corazón.

—Mira lo que hiciste —me dijo mi mejor amigo.